

EL GAUCHO.



LEYENDA.

POR

M. O.
Miguel Ortega



BUENOS AIRES.

Imprenta y Litog. del PORVENIR—Calle Defensa, 91.

—
1863.

EL GAUCHO.

LA ESTANCIA. (1)

I.

En una fértil, dilatada vega
Que, cual cubierta de esmeraldas, brilla
Con el verde tapiz que allí despliega
El blando trébol y húmeda gramilla ;

Una mansion tranquila se levanta
En medio al campo solitario y llano,
Cual la morada deliciosa y santa
De los Patriarcas del linage humano.

(1) Establecimiento de cria de haciendas, y tambien su poblacion principal.

Es de una *Estancia* deleitosa y bella
El grato albergue plácido y sencillo,
Donde artístico lujo no descuella
Con su engañoso y deslumbrante brillo;

Pues son las casas de pajizo techo,
Terso y dorado cuando el Sol asoma
Circuido de esplendor, por el repecho
De la vecina y empinada loma.

Y las paredes de *adobon* (1) cortado
Al golpe fuerte de filosa pala,
Tan resistentes cual bastion probado
Al rudo empuje de la férrea bala.

Y enmasilladas por adentro y fuera
Con blanca arcilla tan brillante y pura,
Que con el yeso y mármol compitiera
Sin desventaja en suavidad y albura.

Y estenso patio, de cuidado ejemplo,
Sin una mata de menuda yerba,
Cual pavimento de salon ó templo
Que á humanos piés tan solo se reserva.

(1) Panes de tierra al natural, consolidados con la ramificacion de las raíces de césped ó gramilla.

Y hácia un extremo, pero no distantes,
Fuertes palenques de macizos trozos,
Para amarrar los potros arrogantes
O los rocines mansos de los mozos.

De *ñandubay* (1) selecto los corrales
Do de la tarde al declinar se encierra
La numerosa *cria de baguales*, (2)
Y los nuevos terneros en la *yerra*. (3)

Y de la casa rústica á la espalda,
Cual una fuerte valla de defensa,
Cual movible cenefa de esmeralda,
En una línea dilatada, estensa,

El pintoresco monte de frutales,
Meciendo al viento su corona airoso,
Y guardado de ataques de animales
En toda su estension por doble foso.

Y agregad por debido complemento
A este cuadro de objetos *estancieros*
El júbilo, algazara y movimiento
En un dia de *yerra* de terneros.

(1) Madera incorruptible y dura que sirve para ese fin.

(2) La yeguada ó cria de potros.

(3) La marcacion y castracion de los terneros.

Y seguidnos, si os place, hasta el *rodeo* (1)
Que el teatro es de la animada fiesta,
Y allí vereis cuán plácido recreo
En tal día una *Estancia* nos apresta.

(1) El punto de reunion de la hacienda.

LA YERRA.

II.

La confusion de la Babel famosa,
El fragor grande del Troyano asalto,
La agitacion tremenda y clamorosa
Que reinaria en el Sabíneo rapto ;

Comparable sería á lo que ofrece
El estrépito inmenso de una *yerra* :
Se agita el aire en torno, y se estremece
Al rudo choque en derredor la tierra.

Espesa se alza polvorosa nube,
Que en revueltos y densos torbellinos
Como el Simoun hasta los cielos sube,
Y empaña al Sol sus rayos diamantinos.

Y en medio de ella, en rápida carrera,
Y en direccion distinta circulando
Como Génios alados de otra esfera,
En numeroso y ajitado bando,

Los gallardos ginetes que se tienden
Sobre la espesa crin de sus bridones,
Y de las reses el alcance emprenden
Como en pos de la garza los halcones.

Y los tímidos y ágiles terneros
Con tal persecusion despavoridos,
Huyendo como el viento de ligeros,
Y en todas direcciones esparcidos ;

Y reunirse jadeantes al *ciñuelo*, (1)
Y atisbar para huir la coyuntura,
Y cual monton de granos por el suelo
Dispersarse otra vez por la llanura,

Y otra vez y otras ciento, y aumentarse
La confusion y afanes de la gente,
Y tener otra vez que resignarse
A emprender el trabajo nuevamente.

(1) Novillos mansos á los que se reúnen los animales que se apartan del rodeo

Y ademas de este inquieto movimiento
El ruidoso tascar de las *coscojas* ; (1)
El crujido metálico y violento
De las espuelas, en la sangre rojas,

El batir de los cascos incesante,
De los briosos corceles, en la tierra,
Al estrépito sordo, semejante
De las marciales cargas en la guerra ;

De terneros y vacas el solfeo,
Que á competencia cada cual mas bala,
Recorriendo anhelantes el *rodco*
Y los diversos tonos de la escala,

Que en su ñnstintiva lengua de balidos
Llama la madre al hijo, y este á aquella ;
Que por la vez primera divididos
No sosiega un instante su querella ;

Y el metálico son de los cencerros,
De las *yeguas madrinas* (2) cual caireles,
Y el ladrido incesante de los perros,
Y el relincho de potros y corceles ;

(1) Ruedilla movable en el bocado del freno, que hace sonar el caballo con la lengua.

(2) La que sirve de guiadora á la tropilla de caballos.

Y el inmenso y continuo vocerío,
Y la risa á estallar siempre dispuesta,
De todo aqueso rústico gentío
Congregado á gozar de aquella fiesta;

La animacion completan de esta escena,
En júbilo y activo movimiento
La mas variada y de atractivos llena
Que imaginar podria el pensamiento.

III.

Pero el último toque al colorido
De este cuadro fantástico animado,
Es la árdua prueba que de fuego y sangre
Espera al nuevo y tímido ganado.

Ya terminado el tumultuoso *aparte*, (1)
Y reunidos por fin en el *ciñuelo*
Los terneros sin marca ú *orejanos* (2)
A tanta costa de afanoso anhelo;

En ancho semicírculo formados
Los diestros corredores del *rodeo*,
Cual se mira de cisnes una banda,
A lento paso emprenden el *arreo*. (3)

(1) La separacion de los terneros del resto de la hacienda.

(2) Lo que espresa la primera frase.

(3) La conduccion de los terneros.

Y la *playa* (1) al pisar de los corrales,
Comprimen el ganado á la *manguera*, (2)
Alzan en alto los flotantes *ponchos*,
La línea estrechan, y sin mas espera

Agujan diestros á la tarda *tropa* (3)
Que al pronto empuje y resonante grita
Azorada y veloz por la ancha puerta
En confuso tropel se precipita.

En tanto á un lado en anchurosa hoguera
Las férreas marcas se hallan, que candentes
Se posarán sobre los tiernos flancos
De víctimas postradas é impotentes.

Al fin, empieza de marcar la faena;
Y se despliegan retorcidos *lazos*, (4)
Y en ancha *armada*, (5) con violencia jiran
Al fuerte impulso de robustos brazos.

Con estupenda y sin igual destreza
Vá su lazada donde el ojo mira:
El bruto salta cuando siente el *piale*, (6)
Y el hombre, el *lazo* en el instante estira.

- (1) El espacio despejado á la entrada del corral.
- (2) Palizada á un costado del mismo.
- (3) La reunion de animales que se han apartado y se conducen á otro punto.
- (4) Cuerda de cuero trenzada ó torcida con lazada corrediza.
- (5) La lazada del lazo.
- (6) El acto de enlazar los piés delanteros del animal.

Y con violencia á tierra se desploma
El ternero infeliz dando un balido,
Cual si previese la terrible prueba
A que vá presto á verse sometido.

Caen uno, dos, tres y mas á un tiempo,
Que muchos son los diestros *pialadores*, (1)
Y ájiles andan y cual nunca listos,
Que unos y otros se precian de mejores.

Y en las reses, caídas y amarradas
Con sobados y fuertes correones,
Se consuma el cruento sacrificio,
No obstante sus violentas contorsiones.

La marca abrasa sus sensibles pieles,
En medio de balidos lastimeros
Y entre densas columnas de pardo humo,
Y derraman su sangre los aceros.

Y sobre un *ñandubay*, encaramado
En tanto el dueño, de ese Eden patriarca,
Con su cuchillo *tarja* en una *lonja*, (2)
El número de reses que se marca.

(1) Los que lo practican:

(2) Tira de cuero al natural despojado del pelo.

LA CARNEADA.

IV.

Pero en tanto hácia su ocaso
Rojizo el Sol descendía
Entre nubes de oro y grana ;
Y de la tarde la brisa,
Húmeda, fresca y süave
Sus leves úlas batía.
De empezar nueva tarea
Era pues la hora precisa ;
Y nuestra gente gallarda,
Cual nunca entonces activa,
Emprenderia la obra
Diligente y no remisa ;
Que era solaz y no pena
Y todo fiesta aquel dia.

Ademas, que estimulaba,
Por el trabajo y fatiga,
El insinuante apetito,
Que cada cual sentiria.
De *yerra* pues la faena
Terminada ó suspendida,
Montaron de nuevo todos,
Y en alegre comitiva,
Y revoleandø sus *lazos*,
Arrancaron de corrida
En direccion al *rodeo*.
Llegan, y tienden la vista
Por los diferentes grupos
De hacienda allí reunida.
Y designadas las vacas
Mas gordas y mas rollizas,
Caen, cual duros dogales,
Y con la usada maestria,
Sobre sus astas los *lazos*,
Bien sujetos en las cinchas.
Al sentir su áspero roce
Las reses ágiles brincan,
Y arrojan nevada espuma,
Y braman enfurecidas
Queriendo romper las trabas
Que su libertad cautivan.
Ora tenaces resisten

Al poder que las domina;
Ora, rápidas, veloces,
Y con la cabeza erguida,
Embisten á los jinetes
Que el choque diestros evitan.

Es la lucha contra el hombre,
Y harto desigual la liza :
Que aquel opone la astucia
Y la destreza adquirida ;
Y el bruto solo su fuerza
Y su fiereza instintiva ;
Y al fin, conoce, rendido,
Que es impotente su ira,
Y al poder que lo subyuga
Su altiva cerviz humilla.

En direccion á las casas
Los ginetes se encaminan,
Llevando de fuerza ó grado
Todas las opresas víctimas,
Que en numerosa hecatombe,
Al golpe de la cuchilla,
Entre torrentes de sangre,
Deben postrarse rendidas.

Ya en el lugar elegido
Para que de aras les sirva,
Despliéganse nuevos lazos
Que en torno rápidos giran ;

Y con accion instantánea
Que apenas la vista mira,
Por entre el suelo y las plantas
De las reses se deslizan.
Saltan estas; se comprime
La lazada corrediza;
Y al fuerte y violento empuje
De la tension repentina,
La víctima bambolea
Y á tierra al fin se derriba,
Para ofrecer su garganta
Al instrumento homicida,
Que con siniestro reflejo
Entonces desnudo brilla.
En fin, en breves instantes,
Entre angustias deagonia
Se consuma el sacrificio
Que contemplar horroriza.
; Y queda apagado y yerto
El soplo de aquellas vidas!
En tanto, grandes *fogones* (1)
En torno forman aprisa;
Y entre las ráfagas de humo
Y la cálida ceniza,
Cual ministros del Averno,
El fuego listos atizan

Los diligentes rancheros,
Y las calderas arriman
A la llama que flamea,
O de la brasa á la orilla,
Porque se hallen para el *mate*
De agua caliente provistas.
Mientras estos preliminares
Con prontitud se realizan,
Se han despostado las reses
Despues de abiertas y limpias:
Y en trozos, sin despojarlos
De la piel que los cubria,
Porque es la *carne con cuero*,
Ponen en la brasa activa
Los esquisitos asados,
Que el buen apetito avivan
A la par que se sazonan,
Con el aroma que envian
Por el apacible ambiente.
En tanto, en rueda tranquila,
En torno de los fogones
Y amigable compañía,
En los talones sentados
O instalados en cuclillas,
Los héroes de aquella fiesta
Descansan de la fatiga,
Y hablan de los varios lances

Que ha habido en todo aquel día;
De *marcas*, de *parejeros* (1)
De famosa nombradía,
De guerra y revoluciones,
De cuchilladas y heridas,
De las *jugadas* de fama
En tal ó cual *pulpería*; (2)
Y en fin, de cuanta diablura
Con que esta pícara vida,
En tal surtido no escasa,
Puede encontrarse provista.
Y por supuesto, que en blanco
Sin duda no quedarían
Las faltas y perfecciones,
Flaquezas y gallardías
Con que Natura y el Diablo
Dotaron de Eva á las hijas.
Y á intervalos, mientras tanto,
La palabra humedecían
Los largos y lentos sorbos
Del *mate* con agua tibia
Y amargo como veneno;
Mas la ventaja tenía
De preparar el estómago
Cual lo conforta la quina,
Para que llegado el caso

Caballos de carrera.

Taberna de la campaña.

Tuvieran mas enerjia
En la gastronómica obra
Las funciones digestivas.
Al fin, en punto estuvieron,
Cuando el Sol se trasponia,
Los incitantes asados;
Y con buen hambre canina
Dió al cabo feliz principio,
Sobre la verde gramilla,
El opíparo banquete,
Del cual no quedó ni migas;
Terminando felizmente
En paz y buena armonía.

EL BALLE.

V.

De la callada noche las impalpables sombras
Al mundo envuelto habian en lúgubre capuz;
Y negro el firmamento como insondable abismo
Lucia de los astros la diamantina luz.

Y en paz dulce y tranquila los dilatados campos,
Gozaban del reposo y plácida quietud,
En medio de un silencio tan tétrico y sombrío
Cual la siniestra calma del fúnebre atahud.

El reino de la muerte sin duda parecía
Del cielo y de la tierra la lóbrega estension,
Al dilatar sus alas el perezoso sueño
Por todo este hemisferio postrado en inaccion.

De pié, ó reclinados sobre el mullido polvo,
Tranquilos los vacunos en el *rodco* están;
Y vacas y terneros, y toros y novillos
Dormidos ó rumiando en silencioso afán.

También, de sus rediles al provechoso abrigo,
O allá en el anchuroso recinto del corral,
Las *crias* (1) y *majadas* (2) en grupos diferentes
Reposan sosegadas en calma sepulcral.

Y hasta la mansa brisa de la tranquila noche
Cesaba de sus álas el plácido batir;
Que ni los leves tallos del trébol y gramilla
Mecía dulcemente sus hojas al abrir.

Tan solo perturbaban el místico silencio,
Del toro que mujía la sorda y ronca voz;
O del cordero tierno, perdido de la madre,
El tímido balido, corriendo de ella en pós.

O acaso el melancólico, periódico graznido
Que desde la laguna oír hace el *Yajá*, (3)
Cual si marcar quisiera el curso de las horas,
Cual péndola viviente que vigilante está.

(1) Las yeguas.

(2) Los rebaños de ovejas.

(3) Ave silvestre que frecuenta la orilla de las lagunas.

VI.

Pero de pronto interrumpe
Este silencio y reposo
El rasgido estrepitoso,
En acompasado son,
De una cascada guitarra
Que ronca voz acompaña,
A la que el anís ó caña
Dá bríos y entonacion.

Y al mismo tiempo se escucha
Monótono zapateo,
Y ruidoso palmoteo,
Y risas y voces mil,
Cual si una lejion de diablos
De pronto hubiera bajado :
Todo es que principio ha dado
Un buen baile de candil.

Cual toda mundana fiesta,
Aquella animada escena
No deja de ser amena,
No carece de interes;
Reina allí entre los presentes
Una alegría sin tasa,
Y cada cual hace baza
Sin recelo ni esquivéz.

Porque de allí está proscrita
La fastidiosa etiqueta,
Y se baila con chaqueta,
Con *poncho* (1) y con *chiripá*, (2)
Con el sombrero cubiertas
Las desgredñadas melenas,
Y algunos con *nazarenas* (3)
Para llevar el compás.

Porque allí de bastonero
No se conoce la plaza,
Y cada cual se solaza
Con la dama que elijió:
Y entre el humo del cigarro
Le pide nocturnas citas;
Y que es de las mas bonitas
Le dice con turbia voz.

Y en tanto el músico diestro
Con dedos y uñas desgarras
La destemplada guitarra,
Sentado allá en un rincon;
Y toca y canta incansable,
Sin que por nada se inquiete,
Con voz de tiple ó falsete
Media caña ó pericon. (4)

(1) Manta con abertura en el centro para ponerla por la cabeza.

(2) Idem cruzada por las piernas en vez de pantalon.

(3) Espuelas grandes de hierro.

(4) Bailes de la campaña.

Y sigue y sigue la zambra
Entre algazara y festejo,
Al empañado reflejo,
Con el que apenas se vé,
De un negro cabo de vela
En un porron colocado,
O en alto, acaso, pegado
Sobre la ahumada pared.

Y entre las sombras opacas
De su apagada vislumbre,
Revuelta la muchedumbre
De tanta bella y galan,
Que bailan que se las pelan,
Y baten el duro suelo
Danzando en alegre *cielo* (1)
Con infatigable afan ;

De brujas, duendes ó diablos,
Entre tumulto y holganza,
Una fantástica danza
Parece aquello mas bien.
Y ser de un vértigo presa
Quien tal contempla imagina;
Y en revuelta tremolina
Se siente jirar tambien.

(1) Baile de la campaña.

Mas cesa instantaneamente
La bulla y el movimiento,
Y aun del cascado instrumento
Cesa el monótono son :
Es que una arrogante moza
Despues de bailar un *ciclo*,
Que venga ó no venga á pelo,
Vá á *echar una relacion*. (1)

Y habla por fin, ó rebuzna
Al cabo de unos instantes,
Y todos los circunstantes
Aplauden con gran fragor :
Y le pasan la botella
Con caballeresco halago,
Para que se endose un trago
De jinebra ó de licor.

Y tanta galanteria
En tan noble concurrencia
Premia ella con complacencia :
Bebe un trago sin desden ;
Luego la feliz botella
De mano en mano camina,
Y cada cual se la empina,
Hasta que el fondo le ven.

(1) Breves y disparatados discursos pronunciados despues de bailar.

Y así es que con intermedios
De copiosas libaciones,
De *ciclos y relaciones* ,
Prosigue la diversion ;
Y así en inocente juego,
Los galanes y las bellas
Desocupan las botellas,
Y apuran el *cimarron*. (1)

Y al cabo de algunas horas
De repetir tanto tacho
En prez y honor del dios Baco,
En que tal prisa se dán,
Los mozos se manifiestan
Llenos de chiste y gracejo ;
Las mozas á su festejo
Menos esquivas están.

Y al fin, entre todos ellos
Se acrecienta la alegría,
Y crece la algarabía,
Y el galanteo tambien ;
Se dicen tiernos requiebros,
Se dán citas á mansalva ;
Porque la ocasion es calva,
Y dejarla ir no está bien.

(1) El mate amargo 6 servido sin azucar.

Y luego entre las tinieblas
Que embozan el negro espacio,
De los astros de topacio
Al apagado fulgor,
O de la sala del baile
A la luz que se refleja,
Se vé á mas de una pareja
Jurándose mútuo amor.

. . . *



EL MOZO

CANTOR.

VII. •

Pero de pronto se oyen resonantes
De los fieros mastines los ladridos,
Y paran su atencion los circunstantes
Al rumor que perciben sus oídos,

Y conocen que en rápido galope
Se apróxima á las casas un jinete
Pero ninguno, cual si fuera miope,
Ni el bulto puede ver del que arremete.

Porque es impenetrable el negro velo
Que envuelve entre sus pliegues la llanura,
Y á una larga distancia tierra y cielo
Es una masa tenebrosa, oscura.

De su bridon el galopar detiene
A muy poco el incógnito viajero
Que en direccion hácia el *palenque* viene ;
Llegó; y á tierra descendió lijero.

Y arrastrando sus férreas *nazarenas*
Que estampan en el suelo una honda raya,
Y crujen cual fatídicas cadenas,
Cual si fueran calcetas de Bizcaya,

Se encaminó con paso mesurado ;
Y al llegar á la puerta de la orjia
Se detuvo prudente y moderado,
Y dijo en tono atento : “*Ave Maria.*”

A esta salutación de miramiento,
Con voz agria y cascada, en el instante
Contestó una mujer desde su asiento,
Diciendo al nuevo huesped : “Adelante.”

Y pisó los umbrales de la sala
Un mancebo, mirando de reojo :
Y medio oculto el rostro con el ala
Del sombrero inclinado sobre el ojo.

Y en el momento mismo en que le vieron,
Con jesto de placer, no de reproche,
;Es el *Mozo Cantor!* todos dijeron ;
Y él saludó : “Señores, buena noche.”

Y siendo en ceremonias muy sencillo,
A un rincon fué á sentarse silencioso ;
Sacó del *tirador* (1) un cigarrillo,
Y se puso á fumar con gran reposo.

Y luego el otro diestro filarmónico,
Que no dejaba, no, de ser atento,
Aunque era en los cumplidos muy lacónico,
Le hizo cesion del músico instrumento.

Y ya con la guitarra se dispuso
A templarla á su estilo y á su modo;
Y mientras tanto, su mirar de buzo
Sin demostrarlo examinaba todo.

Porque á través de su pestaña espesa,
Velada con el ala del sombrero,
Miraba con la misma sutileza
Que el zorro astuto y tigre carnicero.

Y al cabo, algunos *ciclos* preludiando,
Dió principio el Cantor á su tarea,
En medio á la atencion de todo el bando
Que en torno silencioso le rodea.

Mas solo resonaban los lamentos
De las heridas cuerdas que pulsaba,
Sin que sus filarmónicos acentos
Oyera la asamblea que escuchaba.

(1) Corder ancho de cuero ó jénero con bolillos.

Pero al fin, de jinebra con un trago
Humedeció su armónica garganta;
Y á su plácido estímulo y halago
Como inspirado infatigable canta.

Y al estallar tan bella melodía,
Semejante tal vez, y no muy poco,
A fúnebre y cansada salmodia,
El auditorio aplaude como loco.

Y él, incansable en medio de su gloria,
Cual de furores báquicos henchido, . . .
De pependencias y amor toda una historia
Les canta en verso bien ó mal medido.

Pero en la vida hasta el placer fatiga,
Por eso quiso reposar un tanto
En medio á aquella sociedad amiga,
Dando una tregua á su inspirado canto.

Y encaminó su paso hácia el estrado
De las Huris hermosas de aquel cielo,
Y con sencillo y manifiesto agrado
Fué recibido su amoroso anhelo.

Porque se hallaba allí su Dulcinea,
Faro infalible de su humana senda,
Y lo embriagaba de placer la idea
De verse al lado de su dulce prenda.

Por eso fué que con el alma llena
De amor y dicha se sentó á su lado,
Sin advertir que dos ojos de hiena
Sobre él habian su mirar clavado.

Pero tranquilo, sin pensar siquiera
En que su triunfo á otra alma torturaba,
Se entregó á la ventura placentera
De contemplar á la mujer que amaba.

Y dos ó tres palabras solamente
Dirijióle tambien, pero de fuego,
Pidiendo acaso, su pasion ardiente
El digno premio con humilde ruego.

Al escucharle, ruborosa ella,
Bajó sus negros ojos con recato,
Y se mostró con el pudor mas bella ;
Y ambos salieron á bailar un *gato* (1)

De la revuelta danza en el esceso
El oprimió su mano y su cintura,
Y aun tal vez dicen que furtivo beso
Pudo estampar en su mejilla pura.

¡Pero ay! que breve cual dorado sueño
Que nos columpia en májicas rejiones,
Fué el dulce bien que plácido y risueño
Hacia palpar sus corazones.

Pues cual borrasca que de pronto estalla,
O cual torrente qua iracundo zumba,
Cuando destroza la impotente valla
Y en el profundo cauce se derrumba,

Así estalló, violento y repentino,
Brusco tumulto en medio de la danza,
Que en confuso y revuelto torbellino
Trocó el sosiego, júbilo y bonanza.

EL RETO.

VIII.

Cuando llevado dulcemente en alas
De su ilusion, aureola de su amor,
Se sentó al lado de su amada bella
El venturoso y popular cantor,

El terso cielo de esperanza y gloria
Que entreviera otro amante corazon,
De amargas dudas, y rabiosos celos
Cubrió con denso, oscuro nubarron.

•

Mas cuando en pos de la festiva danza,
Oprimió el talle de su dulce bien,
Y uniendo entrambos sus miradas mútuas,
Aun mas dichoso pudo ser tambien.

Colmóse el vaso por demas henchido,
Rujó tremenda la fatal pasion,
Del mismo modo que en la oculta mina
Destructorá revienta la esplosion.

Airada alzóse cual vision funesta
La figura feroz de su rival,
Lanzando rayos de siniestro augurio
El acerado filo del puñal.

Como señal de la mortal contienda,
O como el reto de la lid atroz,
Del instrumento músico las cuerdas
Cortó de un golpe, rápido y veloz.

Y cual fantasma amenazante y mudo,
O como el Jénio lúgubre del mal,
Blandiendo en alto el relumbrante acero
Fijó su planta en medio del umbral.

Bramó iracundo del cantor el pecho
Al advertir la audaz provocacion
Y se lanzó á su encuentro valeroso,
Porque abrigaba un noble corazon.

Pero instantáneo, cual de parda nube
Brilla en el centro eléctrico fulgor,
De cien puñales las desnudas hojas
Centellaron al punto en derredor.

Y en dos opuestos enemigos bandos,
Del rival agresor unos en pró,
Y otros del jóven cuya dulce dicha
El tremendo conflicto promovió :

En actitud hostil y amenazante
Se dispusieron á la lid fatal
Revuelto el *poncho* en la siniestra mano,
Y en la derecha el mango del puñal.

Y mientras tanto, se elevaba al cielo
El quejumbroso, unísono clamor
De mujeriles palpitantes pechos,
Dominados de pánico terror.

Porque en su ardiente y loca fantasía
Correr la saugre contemplaban yá
Del padre, hermano, ó del amante dueño,
Y hasta sin vida y sin calor quizá.

Y ciertamente, con razon bastante
Se entregaban al llanto y ansiedad ;
Que deshecha y mortífera sin duda
Amenazaba ser la tempestad.

Pero no quiso permitirlo el cielo,
Porque tal vez al término fatal
Aun no habrían llegado aquellas vidas,
Y en sus principios atajó el raudal.

Ello es, que en medio del tumulto inmenso
Cual anjélico nuncio de salud,
Se presentó un anciano cuyo aspecto
Mostraba venerable senectud.

Y su presencia y su palabra grave,
Eco benigno de armonía y paz,
Apaciguó los ánimos inquietos,
Y calmó aquella multitud audaz.

Y restaurada la perdida calma,
Volvió á reinar allí la animacion ;
Y continuó la estrepitosa fiesta,
Y el júbilo y placer de la reunion.

LAS CARRERAS.

IX.

Purísima y refulgente,
De majestad coronada
Alzaba el Sol por Oriente,
Después de fresca alborada,
Su tersa y límpida frente.

Y á los brillantes fulgores
De su luz diáfana y pura
Era mayor la hermosura,
Con el matiz de sus flores,
De la espaciosa llanura.

Y aun continuaba la fiesta
De baile, música y canto, .
Sin que el natural quebranto
Trocara en pena molesta
De su placer el encanto.

Porque era el mayor recreo,
De delicias embriagantes,
Que se brindaba al deseo
De infatigables danzantes,
Aquella zambra ó bureo.

Y se habrian prolongado
Sus solaces placenteros
Hasta que hubieran brillado
En el espacio azulado
Nuevamente los luceros.

Pero otra animada fiesta
De interes mas positivo,
De competencia y apuesta,
Llamaba con su incentivo
A aquella jente modesta.

X.

En derredor de las casas
De la deleitosa *estancia*,
Y de distancia en distancia
En regular proporcion,
A sogá los parejeros,
Que se hallan como en reserva,
Siegan la menuda yerba
Que crece con profusion.

Y así en apacible holganza
Gozan tranquilo reposo,
En medio de su abundoso
Y predilecto manjar ;
Y en contorno de la estaca
Jirando ván paso á paso,
Cual si previeran acaso
Que presto se han de afanar.

En tanto varios jinetes
Recorren ancho sendero,
Y con minucioso esmero
Y rara solicitud,
A inspeccionarlo se aplican,
Y á calcular con cuidado
Si es bien ó mal nivelado,
Y miden su longitud.

Porque aquel es el Estadio
Dó serán competidores
Los *parejeros* mejores
Que preparados están ;
Y para bien cerciorarse
Que no hay fraudes encubiertos
Los *corredores* (1) espertos
Examinándole ván.

(1) Los jinetes.

Pero por fin terminados
Aquestos preparativos,
Para alejar los motivos
De toda gresca fatal,
De principiar las carreras,
Por los que hacian las veces
De los competentes jueces,
Se dió la ansiada señal.

Y colocados en ala
Del camino en ambos lados,
En sus corceles montados
Que piafan al relinchar,
Están los espectadores
En concurrencia infinita,
Que á su pasion favorita
Ván riendas ámplias á dar.

Mas no solo al sexo feo
Allí su aficion lo lleva ;
Pues las bellas hijas de Eva
Hacen su papel tambien,
Que cabalgando gallardas
En rocines arrogantes,
Ván á ver á sus amantes,
O ván á parecer bien.

En tanto, los jugadores
Llevando de los cabrestos
Sus parejeros dispuestos,
Que como galgos están,
Buscando competidores
Con quienes *hacer carrera*,
Acá y allá por dó quiera
Lentos discurriendo ván.

Pero ya pisa la *cancha* (1)
Una arrogante pareja,
Y ya tambien se coteja
De sus piés la ajilidad ;
Que en numerosas *partidas*, (2)
Que estimulan su presteza,
Ván dejando la pereza
Que les dió la ociosidad.

Y sobre su lomo, en *pelos* (3)
Los *corredores* montados,
De su *poncho* despojados,
Con una *vincha* (4) en la sien,
Los alivian de su peso
Al final de las *partidas*
Llevandolos de las bridas
Para que reposen bien.

(1) El lugar donde se corren las carreras.

(2) Carreras preliminares ó preparatorias de la decisiva, sin castigar á los caballos.

(3) Sin montura.

(4) Faja ó venda.

Y en tanto entre aquellas jentes
Que están á jugar dispuestas,
Se redoblan las apuestas
Por do quiera y sin cesar ;
Porque á mas de la *parada*,
O *fondo* de la carrera,
Se juega mucho de afuera,
Con usura ó á la par.

Y estando los *parejeros*
Al fin, de *largar* (1) en punto,
Y uno contra el otro junto
Cual si uno fueran, no dos,
De los diestros *corredores*
A la unísona voz:—“vamos,”
Partieron como dos gamos,
O como el viento veloz.

Una polvorosa nube
Los envuelve en denso velo,
Y retumba sordo el suelo
Dè sus cascos al batir :
Y en brevísimos instantes
Al vencedor se divisa
Que airoso la *raya* (2) pisa,
Y en pos al otro seguir.

(1) El acto de partir.

(2) El término de la carrera.

Y en paz y buena armonía,
O entre grescas y contiendas,
Pagaron luego con prendas,
O en monetario papel,
Los que su apuesta perdida
Con desaliento miraron,
A los otros que lograron
Les fuera Fortuna fiel.

Pero otras varias carreras
Principiaban en la *cancha*,
Y en busca de la revancha
Fueron de nuevo á apostar;
Y dicen que algunos hubo
Que sin *poncho* se quedaron
Pues hasta el *poncho* arriesgaron
Por el afan de jugar.

Tambien el cantor entre ellos,
Perdió sus prendas mejores;
Porque así como en amores
Jamás á *nadie* envidió,
En jugadas y carreras
Favorable la Fortuna
Le era de cien veces una;
Pero él nunca escarmentó.

Por eso desmantelado
Como asaltado viajero
Sin *poncho* y aun sin *apero* (1)
Le vieron mas de una vez ;
Pero poco le importaban
Los golpes de la Fortuna,
Por mas que fuera importuna
Para con él su esquivez.

Y á todo trapo jugaba,
Y perdía sin enmienda ;
Porque guardaba otra prenda
De inestimable valor :
Y era su tierna querida,
Solo para él amorosa,
Que apellidan la Donosa
Por su belleza y primor.

Tambien allí en las carreras
Cual otras bellas se hallaba,
Y su mirada alentaba,
Al desgraciado cantor ;
Que cada vez que perdía
En alguna nueva apuesta,
De su Fortuna funesta
Le consolaba su amor.

1) La montura de campo.

Porque amaba con locura,
Y su acendrado cariño,
Sencillo como el de un niño,
Era en él una pasión,
A veces, quieta y tranquila,
Como las aguas de un lago,
Que del céfiro el halago
Riza en blanda ondulacion ;

A veces, ruda y violenta,
Cual la fuerte marejada
Que levanta la suestada
Con aspecto aterrador,
Cuando las ondas del Plata,
Removidas de su asiento,
En convulso movimiento
Se entrechocan con fragor.

Y esta pasión, en su pecho
Esclusiva y dominante,
La sintió desde el instante
En que vió á su bella Hurí,
Y ya que hacemos acuerdo
Del principio en sus amores,
Sus sencillos pormenores
Referiremos aquí.

EL JUEGO

DE SORTIJA.

XI.

Era un dia de estrépito y jarana,
De animacion, de júbilo y de fiesta;
Porque habia gran juego de sortija,
Y acudió numerosa concurrencia.

Al frente de campestre *pulpería*,
Y á un lado del camino era la escena,
Dó se elevaba-desairado un arco,
Recargado de moños y banderas.

En dos iguales estendidas alas
Se situaron los mozos y las bellas,
Que el pacífico rol de espectadores
Desempeñaban en aquella fiesta.

Y en los extremos ambos del Estádio,
Ostentando su garbo y gentileza,
Los ájiles y diestros *corredores*
A sus nobles corceles *dando riendas* (1)

Y entre uno de sus grupos se encontraba
Nuestro jóven Cantor, á quien su estrella,
Benévola sin duda, allí condujo
Para ofrecerle de su amor la prenda.

Cuando de principiar llegó la hora
Un haraposo *rengo* (2) hizo la seña,
Aplicando á sus lábios la boquilla
De abollada, antiquísima corneta.

Al resonar sus discordantes écos
Los *corredores*, ya sin mas espera,
De á uno solo y á escape se lanzaron,
Tomando el arco desigual por Meta.

Y al pasar por debajo de su curva
Tan rápida y veloz es su carrera,
Cual es al desprenderse de la nube
La destructora eléctrica centella.

Y luego, á corto espacio velozmente,
Con admirable y sin igual destreza
Sujetaban de pronto á sus corceles
Haciendoles jirar sobre sus riendas.

(1) Revolver ó hacer jirar el caballo sobre sus patas al sujetarlo en su carrera.

(2) Lo mismo que cojo.

Y respiraban con afán los brutos,
Jirando en torno cual movible rueda,
Y barrían el polvo del camino
De su flexible cola las guedejas.

Al fin, llegado del Cantor el turno,
Enfiló su corcel, floja la rienda,
Batió con brio sus sensibles flancos
Con la aguda rodaja de la espuela,

Y la mirada fija en el anillo
Que pendiente brillaba, á la carrera
Tan rápido partió, tan impetuoso
Como al salir del arco la saeta.

Era diestro jinete, y firme pulso
Tenía, y además, vista certera
Como de águila audaz, así es que airoso
Dió feliz cima á su primera empresa.

Así que obtuvo la anhelada joya,
Que de raro primor quizá no fuera,
Atronaron el aire los aplausos,
Y sonó como en triunfo la corneta.

Y en ese grato instante de su gloria
Vió á su Donosa por la vez primera,
Que entusiasmada como todo el mundo
Del Cantor celebraba la destreza.

Quedó asombrado al ver sus atractivos ;
Porque era, á la verdad, muy hechicera,
Graciosa en sus modales y semblante
Cual de Bética una hija predilecta ;

De negros ojos, de mirar dormido,
Pequeños dientes cual lustrosas perlas,
Túrgido seno, despejada frente,
Y de ébano la larga cabellera.

Profunda fué la sensacion sentida
Por nuestro jóven al mirar la bella ;
Pero en vez de que estático quedára
Demostró de otro modo su sorpresa :

Y su corcel, tan dócil y obediente,
Sin merecerlo, al fin sufrió la pena,
Por el amor y dicha de su dueño,
En incesantes jiros y corvetas.

Del alma del Cantor, sin duda alguna,
La vibracion de las sensibles cuerdas
Se trasmitió á los exteriores actos,
Sin permitirle admiracion mas quieta.

Ello es que al cabo de ajitar al bruto,
Y de clavarle sin piedad la espuela,
Paróse solo á contemplar un rato
Al bello ideal que en sus ensueños viera.

De su naciente y amorosa llama
Tal vez que fué la inspiracion directa
El consagrar de su destreza al premio
A su adorada, de su amor en prenda.

Mas, como á tierno y verdadero amante,
Quizá tímido y necio lo volviera
Su amor mismo ; y para otra coyuntura
Reservó, acaso, dedicar su ofrenda.

Mas réstanos decir aquí de paso
Que, con respecto á la animada fiesta,
No ocurrió mas que repetir mil veces
Idénticas corridas y revueltas,

Y afortunados y diversos lances,
Cual del Cantor en la feliz empresa,
Y el estruendoso aplauso de la jente,
Y el destemplado son de la corneta ;

Y que, cual todas las humanas cosas
Que á un término final están sujetas,
Concluyó el juego cuando el Sol sus rayos
Negado habia á la azulada esfera.

EL HUESPED.

XII.

Cuando en grupos diferentes,
Se encaminaban tranquilos
Los alegres concurrentes
A sus modestos asilos,

Echó pié á tierra el cantor
En una inmediata altura,
Y á su bridon corredor
Dejó pacer con holgura.

Y con la mirada fija
Hácia un sendero distante,
Con la atencion mas prolija
Quedó por un breve instante;

Y absorto y meditabundo,
Cual si un grave pensamiento
En un éstasis profundo
Le embargára el sentimiento.

Pero volvió á recobrar
La actividad que perdiera;
Y tornando á cabalgar,
Partió de allí á la carrera.

XIII.

Junto al palenque de una *pulpería*
Hizo *rayar* (1) á su ágil parejero:
Y dos libras de azúcar y de *yerba*, (2)
Sin desmontarse le pidió al *pulpero*.

Entre los concurrentes que allí habia,
Que sin duda eran todos parroquianos,
De la casa, se entiende, y peroraban
Mientras jiraba el vaso por sus manos,

No faltó un buen amigo ó *aparccero*
Que, por demas atento y comedido,
Con un trago de caña ó de jinebra
Brindára al mozo aquel recién venido.

(1) Sujetar de pronto el caballo.

(2) Yerba-mate.

No quiso él desdeñar aquel obsequio
Presentado con modo tan urbano:
Y con un trago humedeció sus fauces,
Por no hacer un desaire á su paisano.

Despidióse por fin de los presentes;
Y á escape partió luego como el lampo
Que el relámpago traza entre la nube,
Y dejando el camino, *cortó campo*. (1)

No habia largo tiempo trascurrido
Cuando pudo avistar nuestro viajero
A un grupo de jinetes, que con pausa
Proseguia su mismo derrotero.

Y refrenando entonces su galope
Al fatigado bruto dió respiro,
Y unas veces al paso, otras al trote,
De aquel mismo sendero siguió el jiro.

Pero siempre marchando precavido,
Cual aquellos incógnitos, despacio,
Para no disminuir entre él y ellos
El que mediaba limitado espacio.

Cruza por medio del campo sin seguir el camino.

Al cabo de dos horas de camino
Llegaron á una rústica morada,
Compuesta de dos *ranchos* (1) un *potrero*, (2)
Y una quinta con álamos cercada.

Descendieron á tierra en el instante;
Ataron al *palenque* sus bridones:
Y fuéronse despues á la cocina,
Para libar en paz sus *cimarrones*.

Y el cantor se detuvo á una distancia,
Recátandose siempre á sus miradas,
Para que no advirtieran por acaso
Que les iba siguiendo las pisadas.

Y luego que juzgó que era oportuno,
Acercóse á la rústica alquería,
Y se anunció á la jente de la casa
Con su salutacion de "*Ave Maria*."

A su voz y al crujir de sus espuelas,
Los guardianes mastines lo sintieron;
Y aun antes que ninguna otra persona,
A recibir al huésped acudieron.

(1) Las habitaciones de campo con techo de paja.

(2) Un espacio cercado para encerrar animales.

Y en torno le cercaron como fieras,
Cual acosan á indómito novillo;
Y tanto, que él al fin desesperado,
Tuvo que recurrir á su cuchillo.

Al tumultuoso estrépito que hicieron
Dejó el dueño de casa su apatía;
Y á fuerza de gritarles “fuera, fuera,”
Logró al fin aplacar á su jauría.

Y cuando hubo cesado el rudo ataque,
Pero no de los canes el ladrido,
Pidió hospitalidad por esa noche
Nuestro jóven; y fué bien recibido.

Del propietario con anuencia entonces,
Le quitó á su corcel freno y montura,
Y le ató á sogá larga en una estaca,
Para que así paciera con holgura.

Y á pasar adelante convidado,
Encaminóse á la cocina luego,
Donde se hallaba su querida hermosa
Cebando el mate y atizando el fuego.

Que el grupo de pacíficos jinetes
Del que siguiera con afán la huella,
Recatado, tenaz, perseverante,
Era compuesto por sus deudos y ella.

A su hogar regresaban como todos,
Terminada la fiesta de sortija;
Y él proyectó relacionarse entonces
Con los ancianos padres y la hija.

Era propicia la ocasion para ello,
Y aprovechar debió la coyuntura;
Porque llegando allí como transeunte
Hallar juzgó hospitalidad segura.

Y si preciso fuere algun pretesto
Que su demanda entonces cohonestara,
Diría se encontraba descarriado
Porque estaba la noche poco clara.

El caso es que el Cantor ya introducido
En el tranquilo albergue de su bella,
Y cual uno de tantos en el corro,
Se sentó junto al fuego y cerca de ella.

Cual por via de ofrenda, á la *patrona*
Al presentarse allí entregado habia
El azúcar y *yerba* que comprara
En aquella campestre *pulperia*.

Al instante la niña le dió un *mate*,
Sin mirarle, ni alzarse de su asiento,
Diciendo al mismo tiempo: “*velai mozo*”,
Y él lo tomó sin otro cumplimiento.

Y todos luego entrando en mas asunto,
Jirando siempre el *mate* con presteza,
Sin dejar de la mano el cigarrillo,
Se estableció la familiar franqueza.

Y del amante la mirada entonces
Pudo encontrar la de su amada hermosa ;
Porque algo menos corta ó recatada
No esquivaba mirarla la Donosa.

Mas tarde, en un descuido de los viejos,
Le tiró un carboncito de soslayo :
Y un presajio feliz, satisfactorio
De su amor le ofreció el primer ensayo ;

Pues le miró risueña su querida,
Inclinando despues sus negros ojos,
Que el pudor susceptible de doncella
Sus mórbidos carrillos puso rojos.

Nuestro jóven feliz, entrado en juego,
Desearia pasar mas adelante,
Anhelando tal vez no estacionarse,
Y que fuera su amor mas insinuante :

Asi es que en su estratèjia anduvo listo,
Y otra vez que los viejos pestañaron,
Por hallarse con sueño, ó porque acaso
De cuando eran muchachos se olvidaron,

Colocó lo sortija en manos de ella,
Quedándose como antes muy sereno ;
Con lo cual le sonrió mas afectuosa,
Y la joya ocultó dentro su seno.

Y sin duda quizá se disponia,
Aprovechando otro feliz momento,
A declararle al fin con la palabra
Su tierno y amoroso pensamiento,

Cuando vino un obstáculo imprevisto
A oponerse al raudal de su ventura ;
Que nunca falta mas de un contratiempo
En este triste valle de amargura.

EL ZURDO-

XIV.

Y fué un recién llegado personaje,
Que con pausa y cautela como un zorro
Se acercó hasta el umbral de la cocina,
Entrando á tomar cartas en el corro.

Al entrar, “buenas noches” dijo á secas,
Mirando de soslayo aquel palurdo;
Y los dueños de casa contestaron:
“Así se las dé Dios, *amigo zurdo.*”

Ese ente singular era un vecino,
Cuando lejos no andaba errante y vago,
Cuando no se iba en pos de una *jugada*,
Amaneciendo allá en remoto *pago*.

Y á título de tal de aquel albergue
Era siempre visita cotidiana;
Porque obsequiaba á la doncella hermosa,
La cual se le mostraba nada humana.

Y en proceder así con tal amante
Harta razon tenia, no lo dudo;
Que como cualquiera hija de vecino
Ella hacer de su capa un sayo pudo.

Le llamaban el zurdo por mal nombre;
Porque jamás usaba de la diestra
Al revolver en torno *lazo* y *bolas*, (1)
O esgrimir su *facon* (2) en la palestra.

Cual si fuera su nombre de bautismo
Dió completa sancion á tal apodo;
Porque tenia á gala ó vanagloria
El ser apellidado de este modo.

Al sentarse en la rueda con los otros,
El y el jóven Cantor cual perro y gato,
Al verse por acaso frente á frente,
Se miraron taimados por un rato;

(1) De piedra ó madera en forma esférica, sujetas á la estremidad de una cuerda en tres ramales.

(2) Puñal de gran dimension, como una espada corta.

O porque ambos sin duda, no nacieron
Para estar mano á mano en armonía,
O porque al primer vuelo columbraron
Que á un fin iba á parar su simpatía.

Lo cierto es que desde esta primer vista
Se mostró su amistad muy poco acorde ;
Hasta que en esa noche de la fiesta
Los dos se vieron de su ruina al borde.

XV.

El Cantor procedió mas cauto y grave
A vista de testigo tan molesto,
Callando, y siempre con los ojos bajos
Como tierno doncel corto y modesto.

Y el intruso galan, que al mas taimado
En astucia y doblez no le iba en zaga,
Silencioso tambien y taciturno
A animar la reunion poco sufraga.

Así es que se quedaban los presentes
A veces tan callados como en misa,
Por distraccion las conocidas marcas
Trazando con el dedo en la ceniza.

A bien que prolongarse no debía
Situacion tan forzada y poco amena;
Porque estaba incitando el apetito
La sazónada y suculenta cena.

Alzóse pues de las ardientes brasas
El asador provisto de un *matambre*, (1)
Que humeante y amarillo como un oro,
Muy capaz era de matar el hambre.

Y entonces, cada cual de los presentes,
Armado de *facon* ó de cuchillo,
Procedió á destrozar sin miramiento
Aquel noble despojo de un novillo.

Y sin pan, y sin vino y sin mas salsa
Que el selecto apetito, á competencia,
Lo mismo que antropófagos, muy sobrios,
Hicieron esa noche penitencia.

Terminado el opíparo banquete,
Se fué el zurdo cual hubo allí venido;
Y todos los demas de la familia,
Cada cual, á instalarse allá en su nido.

(1) La capa de carne que cubre los costillares de la res.

El que tuvo que andar menos distancia
Fué el Cantor, que como era forastero,
Solo, y en un rincon de la cocina
Preparó un duro lecho con su *apero*.

Donde, hasta el primer canto de los gallos
Estuvo sin poder tomar el sueño,
Y no porque su lecho poco muelle
No fuera á sus costillas halagüeño;

Sinó porque del zurdo la presencia
Desbarató sus amorosos planes,
Inútiles haciendo en esa noche
De su ferviente anhelo los afanes.

XVI.

Todos dejaron sus mullidos lechos
Al primer brillo de la nueva aurora,
Y se reunieron del hogar en torno
Para tomar su *mate* de esa hora.

Y á corto espacio, cuando el Sol se alzaba
Prodigando su lumbré de consuelo,
Se alejaba el Cantor de aquel albergue
Do encontrar pudo su abreviado cielo.

Pero partía complacido y ledo,
Llevando llena de ilusion el alma,
Por no dudar que en la amorosa liza
Logrado habia victoriosa palma.

Y la halagüeña idea de su triunfo
Su corazón henchía de esperanza,
Y palpitante de pasion veía
Un magnífico Eden en lontananza.

XVII.

Desde ese feliz dia,
Tan grato á su memoria,
Tan célebre en su historia,
Principio de su amor,
Toda otra simpatía,
Pretérita ó presente,
Borróse de la mente
Del plácido Cantor.

Y mas de una belleza
Caída de su gracia,
Al ver sin eficacia
El don de su beldad,
Jemía en la tristeza,
Llorando su abandono,
Culpando con encono
Su fácil veleidad.

Pero él, indiferente,
Y frio como el hielo
A tanto y tanto duelo,
Suspiros y afiecion,
Para otro amor ardiente,
Para otra simpatía
Hallarse parecia
Sin alma y corazon.

Porque la imájen bella
De su beldad amada
En su alma está grabada
Tan indeleble y fiel,
Cual la profunda huella
Que en bronce ó roca dura
Estampa la moldura,
O el golpe del cincel.

Porque desde ese instante
En que miró su hechizo,
Y todo un Paraíso
En su cariño halló,
Cual fiel y tierno amante
En aras de su bella,
Amor tan solo á ella,
Y eterno amor juró.

Porque el recuerdo grato
De su jenial dulzura,
Y cándida ternura,
Y gracia celestial,
Cual si le fuera innato
Fijóse en su memoria,
Cual de su dicha y gloria
El caro bello ideal.

Pero á su claro cielo
De hermosas ilusiones,
Algunos nubarrones
Debian empañar;
Que al fin gloria del suelo
Es la que á su alma ensancha,
Y alguna leve mancha
Debióla deslustrar.

Y era la parda nube
Opuesta á su ventura,
La tétrica figura
Del zurdo, su rival:
Cual réprobo querube
Fatídico se alzaba
Entre él y la que amaba
Tan tierno y tan leal.

Y en medio á su esperanza,
Y cerca de su anhelo,
Su raudo y fácil vuelo
Cortó mas de una vez:
Y siempre en lontananza
Su dicha lisonjera,
Como si de él huyera
Con ríjida esquivéz.

Por eso ambos rivales,
Emponzoñado el pecho
Con su ira y su despecho,
Con su venganza atroz,
Aguzan los puñales;
Porque en el ancho mundo
Con su rencor profundo
No caben ya los dos.

LA PULPERIA.

XVIII.

Pero volviendo al asunto
De las famosas carreras,
Que tan poco lisonjeras
Fueron á nuestro campeón,
Diremos, que terminadas
Ese dia ó el siguiente,
Se retiró aquella jente
Con pérdida ó galardón.

Que los mas á sus hogares
Se encaminaron al punto,
Llevando copioso asunto
Para el espacio de un mes;
Y que otros, haciendo escala
En diversas *pulperias*,
Tardaron algunos dias
En su regreso tal vez.

Nuestro Cantor fué uno de estos
Que resagados quedaron,
Porque á un amigo encontraron,
O por volver á jugar,
A la tentacion cediendo
De buscar nuevo desquite
En un arriesgado envite,
O poniendose á tallar.

Entró en una *pulperia*
De donde era parroquiano ;
Como le quedaba á mano
Aprovechó la ocasion ;
En ella nunca faltaba
Mas de un transeunte ó vago,
Que llegaba á *echar un trago*,
O á buscar conversacion.

Que aquel establecimiento,
Tan útil y tan decente,
Era para aquella jente
El noble teatro ú hotel ;
Y allí, de cualquier suceso
Que estaba á la órden del dia,
Se charlaba y discutia
Con buen sentido ó sin él.

Y el *pulpero*, cual si fuese
Confesor ó comisario,
De tanto asunto y tan vario
Siempre era testigo ó juez ;
Que no habia ciertamente
Flaqueza humana cualquiera
Que á luz allí no saliera,
Al menos, alguna vez.

Y entre tantas novedades
Las femeniles intrigas
Para esas jentes amigas
Son las mas á su sabor :
De todos los concurrentes
El interes se acrecienta
Si algun malicioso cuenta
Un verde lance de amor.

Y en esa tal *pulperia*,
De la *ramada* (1) al abrigo,
Halló mas de un buen amigo
Nuestro Cantor al entrar :
Lo cierto fué que al instante
Brindáronle á echar un taco :
Y en honra de ellos y Baco
El no se hizo de rogar.

(1) Corredor de paja, en jeneral al frente de la pulperia.

De las carreras venian,
Y uno en pós de otro llegando,
Habian ido allí entrando,
Atraidos por la reunion ;
Y como no tenian prisa,
Entregáronse sin pena
A sociedad tan amena,
Y á una y otra libacion.

EL JUEGO.

XIX.

Poco despues uno de ellos
Jugar un *truco* (1) propuso;
Y todo allí se dispuso
Para probar nuevo albur:
Bajo la tosca *ramada*
Lista la *carpeta* (2) queda,
Y toma en la estrecha rueda
Su puesto cada tahir.

Naipes no les faltarian,
Que los tendrian á pares;
Pues uno ó mas ejemplares
Iba en cada *tirador*;

(1) El juego de naipes llamado Truquiflor.

(2) La mesa de juego.

Y si de papel moneda
Estaban algo livianos,
Las *yuntas de bolivianos* (1)
Harian el primer rol.

Así fué, que todo listo,
En buena paz y sosiego
Principio dieron al juego;
Y *truco á cantar y flor*; (2)
Y á redoblar los envites,
Y á repetirse los *quiero*, (3)
Y á circular el dinero
De uno en otro jugador.

Hasta que no siendo el *truco*
A tanto furor remedio,
Quisieron por otro medio
Ver mas activo el azar;
Y aquel que con mayor banca
Hallábase mas ufano,
Cojió la baraja en mano
Y se dispuso á tallar.

Pero el paciente *pulpero*,
Que no era prudente en balde,
Y tal vez con el alcalde
No se hallaria muy bien,

(1) Botones con pesos del cuño de Bolivia.

(2 y 3) Lances y voces propias del juego.

No fué de opinion, sin duda,
De que en su *casa de trato*
Con tan sin ningún recato
Jugáran monte tambien ;

Pues con atentas palabras
Les hizo alzar campamento,
Y á un interior aposento,
Trastienda ó camaranchel,
Do amanecerse podrian
Y desplumarse jugando,
A todo aquel noble bando
Encaminólo en pos de él.

Y en ese oculto santuario,
Libre de toda pesquiza,
Tienen cuanto se precisa,
Que es adecuádo y capaz.
Sobre una fornida mesa
De piés labrados á torno,
Y que fué un mueble de adorno
Allá dos siglos atrás,

Una jerga provinciana
Estienden como carpeta,
Y ponen una limeta
Y un vaso para el anís ;

Y en torno siéntanse en bancos
Que ningun adorno entalla :
Y al fin, arroja el que talla
Dos cartas sobre el tapiz.

Y sus paradas ó apuestas,
Los que danzan en el juego,
Colocan sobre ellas luego,
A un tiempo ó de otros en pos ;
Y el tallador, que combina
Sus cálculos en su mente,
Depone pausadamente
Sobre la mesa otras dos.

Y redoblan las apuestas ;
Y el tallador luego empieza
A descubrir, con destreza
Y precision sin igual
Las cartas de la baraja,
Que con tal ansia se esperan
Cual si ellas acaso fueran
Un talisman celestial.

Y todos los jugadores
Sin voz y sin movimiento,
Levantados de su asiento
Y agrupados á la vez,

Cual si toda en su mirada
Se concentrara su vida,
Que su suerte se decida
Esperan con avidcz.

Mas, presto de la Fortuna
El fallo se manifiesta;
Y cada cual de su apuesta
El fruto, al fin, logra ver:
Y cobra ó paga al instante,
Mostrando impasible calma,
Aunque tal vez sienta en su alma
El despecho ó el placer.

Y el tallador nuevamente
Iguál faena repite,
O para obtener desquite,
O acrecentar su caudal;
Que es su puesto inamovible
Mientras no hay quien lo desbanque,
O mientras en él no se estanque
Hasta el último real.

Y en tanto, con su presencia,
Cual perenne canchero,
Honra el prudente *pulpero*
Aquella noble reunion;

Porque la cóima le pagan,
Que él recibe satisfecho,
Cual lejítimo derecho
De su honorable mision.

Así en asídua tarea
De los naipes al halago,
Tomando á veces un trago
Del comfortable licor,
De claro en claro la noche
Se les pasó hasta la aurora,
Sin que el sueño hasta esa hora
Calmado hubiera su ardor ;

Y sin mas interrupciones
Del juego en los varios lances,
Que los violentos avances
De uno ú otro jugador,
Que con razon ó sin ella,
Diciendo que habia dolo
Se alzaba iracundo y solo
En tono amenazador.

Pero el *pulpero* y los otros,
A fuerza de persuasiones,
Despues de mil discusiones,
Calmaban este desman ;

Y restablecido el órden,
Entre uno que otro reniego
Tornaba á seguir el juego
Con infatigable afan.

LA PELEA.

XX.

Pero en deshecha borrasca
Tórnase al fin el amago
Con todo el horrendo estrago
De su iracundo furor,
Sin que ya de los presentes
Ni la pericia, ni el ruego
Logren apagar del fuego
El ímpetu asolador.

El caso fué que uno de ellos,
Al perder la última prenda
Que presentára en ofrenda
Ante un coronado rey,
Con fiero ademán y jesto
Contra el tallador protesta,
Porque es baraja *compuesta*,
Y es dolo de mala ley.

El fallador le replica
Que ha sido legal su juego ;
Y el agresor, de ira ciego,
Sin escuchar la razon,
Lo que perdió al punto exige :
Y al fin, sin mas argumento,
Se alzan ambos de su asiento
Y apelan á su *facon*.

Y trabada la contienda
El *pulpero* y jugadores
En el rol de espectadores
Colócanse en derredor ;
Porque no ignoran, sin duda,
Ser axioma muy probado
Que sale crucificado
Quien se obliga á redentor.

Cual dos gallos en el circo,
Que mutuamente se esquivan ;
Que su rudo ataque avivan,
O que en acecho se vén ;
Así los dos adversarios,
Ya tiran un golpe en vago,
O ya hacen un falso amago,
O ya de firme tambien.

Con la ajilidad del tigre,
O se desvían de un salto,
O dánse tremendo asalto
Para concluir de una vez;
Y en torno, á uno y otro lado
Con plantas rápidas jiran,
Y ya una estocada tiran,
O ya un tajo de revers.

Y con la mirada fija
De su adversario en los ojos,
Que de sus iras y enojos
Muestran la saña feroz,
Ambos á dos combatientes
No se dan tregua ninguna;
Porque á los dos importuna
La sed de venganza atroz.

Y aunque ya mas de una herida
La sangre á raudales vierte,
Flaquear aun no se advierte
A ninguno de los dos:
Que con invencible brío,
Que ni el cansancio lo abate,
Cada uno de ellos combate
Serenos, diestros y veloces.

Mas, dispuesto acaso habria
El cielo en sus altos fines,
Que uno de ambos paladines
En su carrera mortal
Al término inescusable
Llegára en ese momento,
Rindiendo su altivo aliento
Al récio golpe fatal.

Ello es que por resguardarse
De un golpe bien simulado,
Su cuerpo inclinó hácia un lado,
Sin conocer el ardid;
Y entonces, en descubierto
Mostró, inadvertido, un flanco;
Y su corazon fué el blanco
De su adversario en la lid.

Dobláronse sus rodillas,
Cubrió sus ojos un velo,
Y exánime vino al suelo
Para no alzarse jamas,
Vertiendo de sangre un lago
De la ancha y profunda herida
Por do se exhaló su vida
Cual una llama fugaz.

Catástrofe semejante
Dejó al concurso mas yerto
E inmóvil que el mismo muerto ;
Y con mortal palidez,
Quedaron como de piedra,
Con tal pavor y desmayo
Cual si un flamjero rayo
Caído hubiera á sus piés.

Al agresor este asombro
De todos los concurrentes,
O el ser con él induljentes
Sus camaradas, quizá,
Le fué propicio en extremo
Para tomar desde luego,
Sin mas, las de Villa Diego,
Hasta cien leguas allá.

A bien que siempre montaba
Un bruto que era un portento ;
Pues era de largo aliento
Su infatigable corcel :
Y puesto sobre su espalda,
En medio á la Pampa llana,
De toda justicia humana
Burlarse podia infiel ;

Sin que entonces ley alguna
Lograra poner mas coto
A su libertad, que al Noto
O al impetuoso Aquilon.
Por eso fué que al instante
De consumarse su hazaña,
Tomó la abierta campaña
En lomos de su bridon.

Y cuando el pobre *pulpero*
Temiendo algun compromiso,
En nombre de la ley quiso
Aprehender al malhechor,
Se hallaba él á veinte millas,
En marcha siempre ó acaso,
Libando de caña el vaso
Sin zozobra ni temor.

Por último, el desenlace
De tan fúnebre tragedia,
No fué mas que una comedia
Algo sangrienta en su accion ;
Pues todos los concurrentes
Que se quedaron tan graves,
Cual una bandada de aves
Huyeron sin dilacion.

Y al acudir la justicia
Para esclarecer el hecho,
Al morador de aquel techo
Y al muerto solo encontró:
Y ante el cuerpo del delito,
Sin mas investigaciones
De aquel las declaraciones
Fué la única luz que halló.

Pues pedir peras al olmo
Fuera ir en pos de testigos,
O del agresor amigos,
O aves sin nido quizá,
Sin mas conocido albergue
Que aquel do les sorprendia
El fin de la luz del dia,
Por desidia ó voluntad.

Sobre una piel condujeron
A los mortales despojos
De aquel para cuyos ojos
Ya no brillará la luz:
Y en el fatídico sitio
Do se rindió á su destino,
Labrada de tosco pino
Pusieron modesta cruz.

XXI.

Cuando la adversa y trájica aventura
En todos rumbos por el campo abierto
Diseminó al concurso con presura,
Que en semejantes lances era esperto,
Tomó tambien por suya la llanura,
Como un práctico hijo del desierto,
Nuestro Cantor, volando cual los otros ;
Pues ván parece sobre alados potros.

Y no tiró de su corcel la rienda,
Dando resuello á su cansado aliento,
Hasta no verse allá en remota senda,
Y en diverso y feliz departamento ;
Que allí no teme que ninguno emprenda
De sus huellas en pos su seguimiento ;
Que ha puesto algunas leguas de por medio,
Y es muy prudente y eficaz remedio.

Como la aguja en el iman tocada
Al Norte fijo sin variar se inclina,
Así nuestro Cantor en su jornada
Hácia un norte infalible se encamina ;
Y á la mansion tranquila de su amada
Cuanto mas en su marcha se avecina
Mas se apresura, con el alma llena
De júbilo y amor que lo enajena.

Llevada en alas de ilusion brillante
Su juvenil y ardiente fantasía,
Ver se imagina á su adorada amante
Mas pura y bella que el albor del dia;
Y mas franca que nunca y mas constante,
Demostrarle su tierna simpatía,
Sin esquivar los inefables lazos
De sus torneados virjinales brazos.

Y se imagina, en plácido embeleso,
Libar la ansiada copa de ventura
Con insaciable lábio hasta el exceso ;
Y en medio del placer y la ternura
Con delicioso y prolongado beso
Sellar su dicha y sin igual dulzura ;
Y morir en sus brazos de contento
Aspirando el perfume de su aliento.

Mecido así por deleitoso sueño
Que le columpia en májicas rejiones,
En el ardor de su amoroso empeño
Como el soplo de ráudos aquilones
Volar quisiera al lado de su dueño,
Para tan seductoras ilusiones
Cumplidas ver con efectivo encanto
En la presencia de la que ama tanto.

Pero el ferviente anhelo que le inspira
El dulce fuego del amor en que arde,
Cumplido al cabo, satisfecho mira
Al declinar de la serena tarde;
Y de emocion y júbilo suspira,
Cuando de fé y amor haciendo alarde,
De su adorada pisa los umbrales
Soñando dichas y olvidando males.

EL RAPTO.

XXII.

De amor y gloria el jóven en un hermoso cielo,
Las gracias contemplando de su adorado bien,
Del tiempo fujitivo el perezoso vuelo
Batió con ráudas alas su enardecida sien.

Que rápidos instantes de dichas voladoras,
Al lado del objeto de su acendrado amor,
Son para el fiel amante las prolongadas horas:
Pues breve un siglo fuera para saciar su ardor.

Por eso para el dueño de la hechicera bella,
Libando la ambrosía de su melíflua voz,
O ardiendo con el fuego de las miradas de ella
Del tiempo el curso lento fué rápido y veloz.

Y presto llegó la hora que en brazos de Morfeo
Su cómodo reposo buscára cada cual
En el mullido lecho, que brinda á su desco
De penas y de afanes el término parcial.

Reinando á corto espacio en la tranquila estancia
Silencio inalterable y lóbrega quietud,
Sin mas que algun ronquido que en bronca discordancia
De algun pulmon robusto revela la salud.

Pero al rendido amante su amor no le concede
Cerrar sus mústios ojos en plácida inaccion;
Que de un vértigo presa tranquilizar no puede
Su inquieta fantasía, su ardiente corazon.

Y en afanoso insomnio, su májico beleño,
De las rendidas fuerzas feliz reparador,
Aleja de sus ojos el saludable sueño;
Porque su influencia es débil en donde impera amor.

Y así en inquietos jiros estuvo hasta que el gallo
Con su sonoro canto y rápido aletear,
Despierto y vijilante en medio á su serrallo,
Los ecos de la noche callada hizo vibrar.

Y así víctima vióse de horrífico combate,
Luchando brazo á brazo la luz de su razon
Y el vértigo amoroso, á cuyo impulso late
Cual si estallar quisiera su amante corazon.

Y al fin le fué preciso rendirse con desdoro;
Que no era mas que humano, y foco de su afán,
A tiro de volante se hallaba su tesoro
Cual huerto en altas horas sin cerca ni guardian.....

Mas vienen circunstancias de urjente compromiso,
En que la trampa lleva las dichas y el placer,
Trocando en un infierno el bello paraiso
Y en caso semejante ¿qué proyectar? qué hacer?

Tomar presto el portante; que aquel que mas se aleja
Del riesgo, halla el camino de bien y de salud:
Y tal fué lo que hizo nuestra feliz pareja,
Buscando en campo abierto su paz y su quietud.

XXIII.

Llevando en la grupa
Del bruto arrogante,
Su cándida amante
El jóven Cantor,
A ráudo galope
Cortó campo abierto;
Que aun es mas esperto
Mirando á su amor.

Por eso no sigue
Camino ni senda,
Y afloja la rienda
Del noble corcel,
Que cual si supiera
Que lleva un portento,
Veloz como el viento
Vá dócil y fiel.

A bien que no cruzan
La estensa llanura
Cubierta y oscura
Con triste capuz;
Que plena la Luna
En diáfano cielo,
Envía hasta el suelo
Su plácida luz.

Y alumbra propicia
Su pálido rayo
El cándido sayo
Y tímida faz
De la enamorada
Beldad hechicera,
Nocturna viajera
Cual ave fuguz.

Así es que al mirarlos
Cruzar por los llanos,
Algo mas que humanos
Parecen los dos:
Semejan á un Jénio
Y Sílfide bella,
Que vá de sus huellas
Revolando en pos.

Y en pláticas dulces,
Sin penas ni afanes,
Formando mil planes
De dicha y amor,
Sú viaje prosiguen
Los tiernos amantes,
Buscando anhelantes
Albergue mejor.

Y nada interrumpe
Su marcha tranquila,
Porque los asila,
En paz y quietud,
La noche callada
Y el ancho desierto,
Do hallan feliz puerto
De bien y salud.

Por eso no temen
Que adversa Fortuna
Desgracia ninguna
Les pueda ofrecer:
Y siguen confiados
Con harta esperanza,
Viendo en lontananza
La dicha y placer.

Pero ¡ay! que se olvidan
Que en este desierto
Y páramo yerto
Llamado el vivir,
Cual la sombra al cuerpo,
De toda ventura
En pos la amargura
Se mira seguir.

Pero ¡ay! que no advierten
Que dichas y glorias,
O son transitorias,
O imájen ideal:
Y que en este valle
Regado con llanto,
Dolor y quebranto
Solo hay de real.

Tampoco han notado
Que forma siniestra
Prosigue á su diestra
Constante y tenaz;
Y hácia el mismo rumbo
Cual ellos marchando,
Y siempre guardando
Distancia capaz.

Así continuaron,
Sin otro incidente,
Su marcha paciente
La bella y galan;
Volando del tiempo
Las horas fugaces,
Y ellos pertinaces
Sin tregua en su afan.

Al fin, por Oriente
El alba de rosa
Mostró ruborosa
Su nítida faz:
Y por cielo y tierra
Infiltra y dilata
Su luz de escarlata
Templada y fugaz.

Entonces el bulto
Marchó con presura,
Y tras de una altura
Desapareció :
Siendo á cada amante
Quizá indiferente
Tan simple incidente,
Si acaso lo vió.

XXIV.

Y tranquilos prosiguen su camino
La fujitiva hermosa y el Cantor,
Sin pensar en lo incierto del destino,
Embriagados de júbilo y amor.

Porque puebla su mente de ilusiones
El volcánico ardor del corazon ;
Y se alzan á fantásticas rejiones
En alas de su erótica pasion.

El pasado para ellos ya no existe,
Que de su amor al brillo se ofuscó ;
Y el porvenir encantador se viste
De cuanta dicha su esperanza ideó.

Es la vida, en sus sueños juveniles,
Un feliz paraíso terrenal ;
En cuyas frescas grutas y pensiles
Gozarán de un encanto celestial.

Y si humilde y mezquina fué la cuna
Que su destino les brindó al nacer,
Negándoles sus dones la Fortuna,
Injusta y caprichosa á su placer;

¿Qué les puede importar sus injusticias,
O su falaz capricho y veleidad,
Si el amor les ofrece sus delicias,
Y tributan incienso á su deidad?

Y por mas que su hado fuera adverso,
Despiadado, inflexible en su rigor,
Un pequeño rincon del Universo
Es bastante á la dicha de su amor;

Y algun albergue rústico y pajizo,
Do establecer su reducido hogar,
Centro feliz del bello paraíso
Que pudieron en su éxtasis mirar..

Do verán á los vastagos amados,
Fruto dichoso de su dulce union,
Nacer como las flores de los prados,
Perfumando de dicha al corazon;

Y crecer como hijos predilectos
De Natura tan próspera y feraz,
Y gozar de sus sinceros afectos
En largos años de ventura y paz,

Tal era, en no remota lontananza,
De su futuro el plácido ideal,
Visto á través de cándida esperanza,
Májico prisma que disfraza el mal,

Y bálsamo que el cielo soberano,
De su raudal de inagotable amor,
Descender hizo al corazon humano
Para endulzar su caliz de dolor.

XXV.

Mecidos dulcemente
Por estas ilusiones
Sus tiernos corazones
Palpitan de placer;
Y con su blanda dicha
Se encuentra en armonía
De un bello y claro día
El fresco amanecer.

Al diáfano horizonte
La rubicunda aurora,
Magnífica, colora
De nácar y carmin;
Y el fúljido lucero,
Cual nítido diamante,
Se oculta rutilante
Del cielo en el confín.

Con el albor del día
Al huir ya las tinieblas,
Como las pardas nieblas
Ante la acción del Sol,
Cuando brillante irradia
Sus rayos de topacios,
Cual rey de los espacios
Que viste de arrebol ;

En óptica admirable,
Teñidos de esmeralda,
De puro azul y gualda,
Apareciendo van
Los montes de frutales,
Y los estensos prados,
Cubiertos de ganados
Que en grupos mil están.

Bate la fresca brisa
Sus fugitivas alas,
Y roba de sus galas
Al prado lo mejor ;
Que absorbe la fragancia
Del trébol inocente,
Y esparce en el ambiente
La esencia de su olor.

Y trinan y gorgean
Las voladoras aves
Con melodias suaves,
Y en grata animacion ;
Que plácidas saludan
La luz del nuevo dia,
Que brillo y alegria
Devuelve á la creacion.

Y en todas direcciones
Los ecos repetidos
De unísonos balidos
Escúchanse tambien,
De toros y novillos,
Y vacas y terneros,
Y cándidos corderos,
Que acá y allá se vén.

Y así tranquilamente,
En medio de esta escena
De paz y quietud llena,
De júbilo y placer,
El jóven con su amada
Prosigue su camino
A cumplir el destino
Que recibió al nacer.

EL DUELO

A MUERTE.

XXVI.

Bajaban el repecho de una loma,
Cuando al llegar á un secular *Ombú*,
Se desprendió de su robusto tronco
Como la imájen fiel de Belzebú,

Zañudo y alevoso el fiero zurdo,
Blandiendo en la siniestra su *facon*,
Y el largo *poncho* en la derecha envuelto,
En actitud de audaz provocacion.

Al ver á su rival aborrecido
De un salto á tierra descendió el Cantor;
Y desnudando su cortante acero
Al encuentro voló de su agresor.

Quedando mientras la afijida amante
Oprimiendo la silla del corcel,
Y espectadora del atroz combate
Que á afrontar iba su adorado fiel.

El zurdo aleve que rondaba acaso
De su hechicera ingrata la mansion,
Presenciar pudo entre la sombra oculto
De la feliz pareja la evasion.

Y seguir luego audaz y á la distancia,
Sin que lo viera alguno de los dos;
Pues que no era otro el misterioso bulto
Que de sus huellas caminaba en pos.

XXVII.

Pero volvamos á los dos rivales
Que frente á frente y sin ventaja están,
Y que en destreza y en valor iguales
El mismo objeto á disputarse ván.

Cual dos sangrientas y voraces fieras
Que al encontrarse enfrenan su rencor,
Para saciar sus garras carniceras
En su rival con éxito mejor;

Y en tanto atruenan los selvosos huecos
Que de guaridas sirven á los dos,
De sus bramidos con los broncos ecos,
Para azuzar su instinto mas atroz.

Así un instante, con facon en mano,
El vengativo zurdo y el Cantor,
Estimulando su despecho insano
Míranse y braman llenos de furor.

Y como el suelto tigre se abalanza
Sobre la incauta y descuidada res,
Que hácia el funesto pajonal avanza,
Marchando al riesgo por sus propios piés,

Del mismo modo se acometen luego ;
Y con destreza y con violencia igual
Cada uno de ambos, de venganza ciego,
Terrible embiste á su feroz rival.

Tremenda y ruda trábase al momento
La singular y aterradora lid :
Y tan diabólico es el ardimiento
En uno y otro intrépido adalid,

Que mas bien que unos frájiles mortales
Parecen dos espíritus del mal,
Que dejando sus antros infernales
Han venido á este mundo á batallar.

Y redoblan su encono á cada instante,
Y repiten sus golpes con furor ;
Y en su mano el acero centellante
Deslumbra con fatídico fulgor.

Y ya vierte la sangre á borbotones
Mas de una herida ó puñalada atroz ;
Que jiran como el rayo sus *facones*,
Y es su golpe mortífero y veloz ;

Mas no flaquean aun los combatientes,
Que como furias del Averno estan ;
Ni de atajarse cuidan, que impacientes
Herir es solo su incesante afan.

Y la beldad infortunada, en tanto,
Causa, y testigo de la lid tambien,
Transida se halla de dolor y espanto
Al ver el riesgo de su amado bien.

Pero tan rudo y tan atroz combate
No era posible prolongarse mas ;
Que á tan violento y repetido embate
No hay fuerza humana á resistir capaz.

Y, ó ya la sangre sin cesar vertida,
O un fiero golpe mas certero al fin,
Concluir debia la azarosa vida
De uno ú otro implacable paladin.

Término dando á la fatal contienda
La catástrofe al cabo sucedió,
Cubriendo mústia, funeraria venda
De aquel los ojos cuyo fin llegó.

Y este fué el zurdo, malhadado amante,
Que por único fruto y galardón
De su amor infeliz, pero constante
Recibió un hierro en medio al corazón.

Al verlo herido y desplomarse yerto
Para dormir el sueño sepulcral,
Víctima triste de su brazo esperto
Y de los celos y rencor fatal,

El vencedor con lánguida mirada,
Cual por último adiós, miró á su bien:
Cerró sus ojos, y en la tierra helada
Sin aliento y vigor cayó también.

XXVIII.

Al contemplar á su amante
Ante ella inmóvil, postrado,
Cadavérico el semblante,
Y en propia sangre bañado,

Lanzando un grito de espanto
La desventurada hermosa,
Anegada toda en llanto
Voló hácia él anhelosa.

Y alzándole diligente
Del suelo donde yacía,
Limpió su pálida frente
Del polvo que la cubría.

Y sostenido en sus brazos,
Tornarlo á la vida quiso,
De sus amantes abrazos
Con todo el májico hechizo;

Y con sus ósculos tiernos
Llenos de ardiente cariño,
Cual los halagos maternos
Que obtiene cándido niño.

Pero á su afecto y dulzura,
Y á sus dolientes jemidos
Del dueño de su ternura
Sordos están los oídos.

Y en vano como dos fuentes
Se muestran sus negros ojos,
Que fijos miran y ardientes
Del dulce bien los despojos.

Y en vano baña el semblante
Del hombre á quien amó tanto
Con el raudal abundante
De su dolorido llanto.

Que frio, pálido, inerte
Ni alienta ya, ni respira,
Y la imájen de la muerte
Grabada en su rostro mira.

Entonces, puesta de hinojos,
Sin ver terrenal consuelo,
Volvió sus dolientes ojos
Y sus plegarias al cielo.

Y con el auxilio luego,
De un anciano que allí vino,
Llamado á su triste ruego
Al cruzar por su camino,

Condujo, mústia y doliente
A su desgraciado amante
Hasta un pueblo no distante
De aquel lugar inclemente.

XXIX.

De su existencia el malogrado amante
Aun conservaba pálida vislumbre,
Así cual una antorcha agonizante
Ostenta un rayo de apagada lumbre.

Y á merced de solícito cuidado
Sus párpados se alzaron nuevamente;
Y su adorada en júbilo y agrado
Trocó el dolor, y serenó su frente,

Por no prever que una aparente calma
Tal vez precede á tempestad bravía;
Y que entregarse no debiera su alma
A una esperanza que morir debía.

¿ Pero qué extraño que enjugara el llanto,
Si al título de amante, la Donosa
Iba á reunir con delicioso encanto
El muy mas dulce y seductor de esposa?

Porque al volver su amado á la existencia,
Pidió, aunque débil, con ferviente anhelo,
Por acallar la voz de su conciencia,
Para su amor la bendición del cielo.

Y ~~vio~~ cumplido su postrer deseo,
Y convertido el lecho funerario
En las augustas aras de Himeneo,
Y en nupcial velo el fúnebre sudario ;

Cesion haciendo con solemne voto,
De amor y fé definitivo sello,
De un corazon paralizado y roto,
De una existencia en su postrer destello.

Y cual si el triste y malhadado amante
Su vital soplo recobrará solo
Para cumplir este acto interesante
De justicia y deber, de amor sin dolo ;

Tocó su frente el ánjel de la muerte:
Y entre los brazos de su esposa tierna
Cerró sus ojos, y quedóse inerte,
Para dormir en paz y en noche eterna.

FIN.

VARIANTE DE LA PAJINA 30, ESTROFA 2ª

Y arrastrando sus ferreas *nazarenas*
Que un hondo surco sobre el suelo graban,
Y crujen cual grilletes ó cadenas
Que de reo, infeliz el paso traban.

2. Por aquella época de LAS LAURINDAS, un escritor humilde, Miguel Ortega, ocultándose bajo las iniciales M. O., publicó una leyenda en verso, EL GAUCHO (Buenos Aires, 1863), seguido años después del drama LUCIA MIRANDA, en el cual descubrió después todo su nombre. El gauchito contiene -la estancia, la yerra, la carneada, el baile, el mozo cantor, el reto, las carreras, el juego de sortija, el huésped, el zurdo, la pulpería, el juego, la pelea, el rapto, el duelo a muerte- anticipando temas pampeanos que con más éxito habría de versificar después José Hernández en su Martín Fierro y Eduardo Gutiérrez en su Santos Vega. La obra de Ortega pertenece a la literatura culta y cuenta más bien en la ralea de Obligado, sin su talento. Mejores versos que en El gauchito compuso Ortega en Lucia Miranda. De ésta obra he de tratar en los capítulos que dedico al teatro argentino. Entre tanto, solo debo decir que Miguel Ortega es uno de nuestros autores olvidados, y su leyenda de 1863 (precursora de otras mejores) es uno de nuestros libros yacentes en el osario de las bibliotecas nacionales. Ambos trabajos, fueron sin embargo, recomendados por el BOLETIN BIBLIOGRAFICO de Casavalle en la época de su publicación, y es sabido que Juan María Gutiérrez era el asesor literario de aquella revista.